El último ciclo de la Guerra Fría en *La Vanguardia*: miedo, pacifismo y propaganda (1979-1984)

The Cold War final stage in *La Vanguardia*: Fear, Pacifism and Propaganda (1979-1984)

Coral Morera Hernández
Universidad de Valladolid

Recibido: 14-XII-2010
Aceptado: 18-III-2011

Resumen

Este artículo analiza los discursos emitidos por *La Vanguardia* con motivo del fin de la distensión entre los bloques en el período que abarca desde 1979 hasta 1984. A partir de una contextualización histórica concreta, nos ocupamos del vaciado de prensa y análisis de contenido, cuantitativo y cualitativo, en torno a dos bloques temáticos: el desarme y el terrorismo. En unos años de máxima tensión de la Guerra Fría, de gran trascendencia histórica y política, pero sobre todo, de máxima fricción ideológica, la actitud de la cabecera catalana estuvo caracterizada por el rigor y la ponderación. La denuncia de la irresponsabilidad de los bloques por atender a estrategias políticas, junto con el rearme, la marginalidad europea y la amenaza terrorista, son las principales preocupaciones argumentales que surgen del estudio.

Palabras clave: Propaganda, Guerra Fría, Desarme, Terrorismo, Prensa.

Abstract

This article analyzes the speeches issued by *La Vanguardia* at the end of détente between the blocks, in the period from 1979 to 1984. From a historical context of the period, we proceed to content analysis, quantitative and qualitative, around two topics: disarmament and terrorism. In moments of high tension of the Cold War, of great historical and political relevance, but above all, time for a big ideological friction, the head's attitude was characterized by rigor and weighting. The denouncement of the

irresponsability of the blocks to attend policy strategies, the rearmament, European marginality and the terrorist threat, are the main concerns extracted from the study.

Keywords: Propaganda, Cold War, Disarmament, Terrorism, Press.

Introducción

El objetivo de este estudio es el análisis periodístico de un período histórico calificado como «la segunda Guerra Fría»[1] y que abarca una etapa marcada por la retórica, la propaganda, las amenazas y la paz. A principios de los años ochenta, se produjo la ruptura de la distensión iniciándose un nuevo ciclo en la Guerra Fría caracterizado por el mayor antagonismo ideológico, proliferación nuclear y rearme entre los bloques desde 1945. Una etapa, en definitiva, marcada por los problemas y necesidades políticas, económicas y defensivas de Estados Unidos y de la Unión Soviética. La pugna por el liderazgo entre las superpotencias provocó que el deterioro en las relaciones entre ambas creciera de forma palmaria.

Los protagonistas del final de la distensión fueron, en mayor intensidad, Ronald Reagan, Leonidas Breznev, Paul Nitze, Juri Andropov y Andrei Gromiko. Hasta la llegada de Mijail Gorbachov, los presidentes de los bloques encargados de garantizar la estabilidad mundial fueron incapaces de mantener un encuentro. El *teléfono rojo* no garantizó una comunicación fluida y el continente europeo tuvo que soportar la instalación de misiles de uno y otro bando, y sobrellevar la artillería más pesada y destructiva: la propaganda.

Europa fue la zona más afectada militarmente y también la más sensible al debate. Recibió a pacifistas de todo el mundo, fue testigo de los opacos encuentros, y desencuentros, entre los representantes de uno y otro bando; mientras, solicitaba la protección del paraguas estadounidense a través de los socios europeos de la OTAN. En medio de la crispación, el fantasma nuclear flotaba como una amenaza que presagiaba una posible «Tercera Guerra Mundial». Si bien el conflicto bélico nuclear era posible, lo que resulta más difícil de determinar era si dicho conflicto podía mantenerse[2].

Nos interesa conocer cuáles fueron los discursos principales emitidos por *La Vanguardia* en un escenario dominado por dos sistemas que atendían a una retórica revolucionaria, y cómo reflejó el diario el desencuentro y la ruptura de las conversaciones en los momentos más difíciles de la Guerra Fría. Justificamos la idoneidad de la cabecera elegida con el hecho de ocupar un lugar destacado en la historia del periodismo español[3] y ser el tercero en difusión del período tras *El País* y *ABC*. Además de la importancia histórica

1. HALLIDAY, Fred, *The making of the Second Cold War*, London, Verso, 1986.
2. Miller considera imposible la idea de que hubiera prosperado un conflicto nuclear. MILLER, David, «La Guerra Fría en retrospectiva», *Revista de Estudios Sociales*, 15 (junio 2003), p. 166.
3. BARRERA, Carlos, *Sin mordaza. Veinte años de prensa en democracia*, Madrid, Temas de Hoy, 1995. GUILLAMET, J. «La significació històrica de La Vanguardia», *L'Avenç: Revista*

del diario, la categoría dedicada de ordinario a la información internacional –fue el primer diario español que envió corresponsales a cubrir la primera Guerra Mundial– nos parece un aspecto de gran interés para la temática de cuyo análisis nos ocupamos. Desde el punto de vista editorial, la mayor serenidad y ponderación en unos años de tal tensión y fricción ideológica, se perfila más interesante y conclusivo que ahondar en la cobertura de diarios como *ABC* y *El País* que mantenían su propia *retórica revolucionaria*, sin aportar aspectos que no se conozcan. Así se definía *La Vanguardia* en su libro de estilo durante los ochenta:

> «Primer periódico diario de Cataluña, está al servicio de los valores, los intereses y las aspiraciones de la sociedad catalana, lo cual excluye cualquier actitud de apoyo o estímulo hacia las posiciones ideológicas extremosas que ésta no comparte»[4].

El período nos parece adecuado y bien definido porque coincide con la llegada de Ronald Reagan a la política internacional y con una manera de enfrentarse al bloque soviético que difiere de su antecesor en el cargo, Jimmy Carter, y que lo hace atractivo desde el punto de vista histórico. La pugna entre los bloques se mantendría hasta la llegada de Gorbachov y también después, sin embargo, el primer mandato del republicano tuvo una influencia directa en los hechos que ocurrirían más adelante, como atestiguan los distintos análisis sobre su presidencia y sobre el final de la Guerra Fría.

> «Un influyente comentarista económico –refiriéndose a Richard Reeves– dijo: «Casi parecía que estaba declarando la guerra no militar a la Unión Soviética». Si se trataba de una exageración, carecía de importancia y era perdonable. Reagan consideraba las ideas, los principios y la ideología frentes de la Guerra fría tan importantes como los tangibles frentes económicos, militares y territoriales. Hasta entonces los soviéticos habían organizado ataques sistemáticos que apuntaban a la moralidad de Occidente –bajo las acusaciones de racismo, militarismo, explotación, neocolonialismo, etc–, pero Occidente no había tomado represalias. A partir de ese momento Reagan llamaría a las cosas por su nombre y calificaría a la Unión Soviética de imperio del mal»[5].

---

de història i cultura, 313 (2006), pp. 42-49. NOGUÉ, Anna y BARRERA, Carlos, *La Vanguardia. Del franquismo a la democracia*, Madrid, Fragua, 2006.

4. BLECUA PERDICES, José Manuel, RUBIO MARTÍNEZ, Juan Carlos, CASÁN HERRERA, José, CASASÚS, Josep María, *Libro de redacción de La Vanguardia*, Barcelona, La Vanguardia, 1986, p. 11.
5. O'SULLIVAN, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra. Un trío que cambió el mundo*, Madrid, FAES, 2008, p. 288. En el mismo sentido se han manifestado: LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 429-430. JOHNSON, Paul, *Estados Unidos, la historia*, Barcelona, Javier Vergara, 2001, p. 773. PAYNE, Stanley. G., «La presidencia de Ronald

El *corpus* de análisis está formado por dos bloques temáticos: por un lado, lo relacionado con el desarme y por otro, lo relativo al terrorismo. Para cubrir el primer bloque, hemos procedido al vaciado de prensa de los siguientes hechos: la Cumbre de Viena de 1979, las Conversaciones de Ginebra celebradas entre 1981 y 1982, los editoriales publicados sobre la instalación de los euromisiles en 1983 y, por último, la Conferencia de Estocolmo de 1984. En lo referente al terrorismo, nos ocupamos del derribo de un avión comercial surcoreano en septiembre de 1983 por parte de cazas soviéticos y de la matanza de marines en el Líbano un mes después.

La metodología utilizada es el análisis de contenido desde un plano cuantitativo a nivel superficial, y cualitativo desde una mayor hondura. Nos centramos por tanto en el discurso escrito del diario, tanto desde el pronunciamiento oficial de los editoriales, como a través de las informaciones interiores correspondientes a corresponsales y enviados especiales. Nos interesa asimismo la coincidencia o no de las primeras páginas con los editoriales en aras de confirmar la tendencia informativa de la cabecera, así como de determinar la coherencia argumental. Según el modelo propuesto por Van Dijk[6], sometemos el vaciado de prensa a tres niveles: argumental, episódico e histórico, y analizamos las funciones que persiguen los textos: expositiva, retórica o persuasiva.

Las ochenta y cinco unidades de análisis están tomadas de las primeras páginas, editoriales e información interior de la temática descrita y son como consta en la siguiente tabla:

Tabla 1. Total de elementos analizados

	1ª Página/Portada	Editorial	Noticias
Cumbre de Viena (1979)	1	-	6
Desarme (1981-82-83)	2	9	10
Cumbre de Estocolmo (1984)	2	1	5
Derribo avión surcoreano (1983)	4	3	18
Matanza en el Líbano (1983)	5	1	18
TOTAL	**14**	**14**	**57**

Reagan: evaluación histórica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CCII: cuaderno I (enero-abril 2005), p. 107.

6. Van Dijk, Teun A. (comp.), *El discurso como estructura y proceso*, Barcelona, Gedisa, 2008, cap. «El estudio del discurso», pp. 21-65.

Contexto histórico

> «Frente a este panorama, realmente acongojante, el ciudadano ha de admitir dos hechos incontrovertibles: las armas nucleares no pueden ser 'desinventadas' y los dos imperios que dominan el mundo no desmantelarán las que poseen»[7].

Hablar de Guerra Fría significa referirse a las negociaciones sobre la limitación de armamento, y el avance o retroceso en la evolución de dichas negociaciones permite conocer el clima de las relaciones internacionales en el período de cuyo estudio nos ocupamos. La carrera de armamentos al principio de la Guerra Fría tuvo como telón de fondo la superioridad estratégica norteamericana. Sin embargo, la situación de los cincuenta varió en las siguientes décadas a causa del avance soviético en distintas armas. Cuando los bloques encargados de mantener la distensión se pusieron a negociar, el armamento existente superaba cualquier expectativa positiva, además la situación internacional se había complicado demasiado, sobre todo tras la invasión soviética de Afganistán en 1979, dándose un clima poco favorable para mantener la tan nombrada «coexistencia pacífica».

> «El único fantasma que perseguía a los líderes políticos y militares durante la Guerra Fría era la guerra nuclear y era una amenaza que influía sobre cada decisión en algún sentido. Igualmente, era una amenaza que sólo unos cuantos entendían, y un asunto acerca del cual se pronunciaban un sinnúmero de absurdos»[8].

El entendimiento se fue haciendo más difícil y el «prejuicio ideológico»[9] con el que habían comenzado las relaciones soviético-norteamericanas se acrecentó en los ochenta. Para los Estados Unidos era imposible obtener acuerdos sólidos con un sistema de carácter comunista y revolucionario como el soviético. Para la URSS el peligro residía «en el contagio de las ideas liberales»[10].

En noviembre de 1969 comenzaron en Helsinki las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas. Tras tensas negociaciones, Richard Nixon y Leonidas Breznev conseguían sacar adelante los SALT[11] con el fin de poner un límite a la carrera armamentística. En aquellas fechas nacía «Safeguard»,

7. De Sepúlveda, Francisco, L., «El miedo nuclear», *La Vanguardia*, 9-XII-1983, p. 5.
8. Miller, David, «La Guerra Fría en retrospectiva…», p. 165.
9. Portero, Florentino, «Las relaciones soviético-norteamericanas y los orígenes de la guerra fría», *Revista de Occidente*, 57 (febrero 1986), p. 49.
10. *Ibid.*, p. 49.
11. *Strategic Arms Limitations Talks*: Conversaciones para la Limitación de Armas Estratégicas.

un sistema cuyo objetivo era «garantizar la supervivencia de los misiles estadounidenses en caso de un ataque sorpresa de la URSS»[12]. En 1972 se firmaba un acuerdo en Moscú, Tratado ABM, que limitaba los sistemas de defensa contra los misiles balísticos. A partir de entonces quedaba reglada la incongruencia armamentística y cada bloque argüía motivos para crear potentes armas en nombre de la paz, como prevención de posibles ataques nucleares o para proteger su sistema político. Había nacido lo que los norteamericanos denominaron *brinksmanship*[13], una especie de «mutua destrucción asegurada», «equilibrio del terror», es decir, una estrategia concebida para mantener amenazado al adversario.

La época dorada vivida por Nixon y Breznev quedaba eclipsada por el devenir de los acontecimientos y la situación internacional se iba encrespando a pasos agigantados. La definitiva ruptura de la distensión abría el camino para la propaganda política, municionada e instrumentada por el miedo y el pacifismo, unas herramientas, si cabe, más poderosas que las propias armas sobre las que se estaba negociando.

En junio de 1979 se encontraban por primera vez Jimmy Carter y Leonidas Breznev en Viena para firmar los SALT II. Los dos líderes a quienes se les habían complicado las cosas en sus respectivos países, querían dejar de *dar puñetazos al aire*. Conscientes de que no se podía volver a las décadas anteriores porque la coexistencia pacífica estaba averiada, daban luz verde a los SALT II que encarnaban una coexistencia reglada pero no pacífica. Se trataba de un acuerdo de veintidós páginas y en vigor hasta 1985 que limitaba el potencial estratégico nuclear y ofensivo. Aquel Tratado –que nunca fue ratificado por el Senado estadounidense–, conducía a una nueva etapa en la Guerra Fría, caracterizada por un desarrollo desenfrenado en la carrera de armamentos. Lo que se acordó en Viena, por tanto, no eran unos acuerdos sobre desarme *per se*, sino una toma de contacto entre dos bloques que ansiaban fórmulas que permitieran sofocar las tensiones. Dichas fórmulas parecían por fin materializarse a través de limitaciones cualitativas. A modo de anécdota, el tratado nacía inmediatamente antes de que Estados Unidos anunciara que continuaría con la construcción del proyectil MX. El objetivo de los SALT II era establecer un código de comportamiento entre las dos superpotencias en materia de estabilidad estratégica.

Nacía una nueva versión de la Guerra Fría entre Washington y Moscú, y moría la distensión. En los ochenta los bloques definieron la sociedad del

12. BARDAJÍ, Rafael L., «La SDI: una falsa promesa», *Revista internacional de Sociología*, 3 (1987), p. 606.
13. La política al borde del abismo.

miedo, caracterizada por el lenguaje de la amenaza, y definida en torno a un contrapeso de fuerzas asentado sobre misiles tan sofisticados como peligrosos.

Cumbres, besos y escepticismo

En junio de 1979 se encontraban Jimmy Carter y Leonidas Breznev y sellaban con un *beso* el segundo acuerdo sobre limitación de armas estratégicas. El diario incluyó siete piezas informativas consistentes en seis informaciones interiores y una primera página, y no publicó editoriales. Las informaciones están firmadas y no son de agencia, y los titulares tienen un carácter informativo que ilustra el tema y que coincide con lo expuesto en el cuerpo de las informaciones[14].

No se advierten distinciones de trato entre uno u otro bloque, ambos mandatarios son citados en los titulares y ambos son considerados «colosos»[15]. Tan sólo hemos encontrado alguna crítica aislada menos favorable al bloque soviético: «El tratado, evidentemente, podía haber sido más restrictivo, en general y para bien de la humanidad, o más favorable para los Estados Unidos si los negociadores rusos no fueran tan correosos»[16].

La capital austríaca abría la esperanza sobre la reducción de efectivos militares que estaba estancada desde hacía cuatro años. Pasará a la historia como aquella cumbre en la que no pasó nada excepcional y la Guerra Fría seguía atendiendo a una obviedad, tal y como lo interpretó el diario catalán: «La realidad es que los dos colosos tratan de mantener sus zonas de influencia»[17]. Estos gigantes han tenido que encontrarse por necesidad, formalidad internacional y puesta en escena, pero advierte el diario, con gran acierto, que serán otros quienes materializarán acuerdos sobre desarme[18]:

14. «Carter y Breznev cara a cara en Viena», *La Vanguardia*, 17-VI-1979, p. 3. ESTARRIOL, Ricardo, «Viena: Carter y Breznev se hacen reproches mutuos», *La Vanguardia*, 17-VI-1979, p. 17. «SALT II: Un margen para el respiro», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 1. ESTARRIOL, Ricardo, «Carter: «Si no controlamos nuestro poder de destruir, no aseguraremos nuestro futuro», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 3. ZÚÑIGA, Ángel, «Nueva York: El Senado tiene ahora la palabra», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 20. DE SEPÚLVEDA, Francisco L., «Tratado SALT II: mucho mejor que nada», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21. NADAL, Carlos, «Sin ilusiones», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.
15. ZÚÑIGA, Ángel, «Nueva York: El Senado tiene ahora la palabra», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 20.
16. DE SEPÚLVEDA, Francisco L., «Tratado SALT II: mucho mejor que nada», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.
17. ZÚÑIGA, Ángel, «Nueva York: El Senado…», p. 20.
18. No será hasta 1987, cuando tenga lugar la cumbre de Washington entre Reagan y Gorbachov y comience a materializarse el desarme desde un punto de vista formal, después de tantos años de arduas negociaciones.

> «En estas condiciones, Carter y Breznev se han visto obligados a encontrarse, a recomponer el montaje de las SALT y, sobre todo, a hablar, aunque sea para cantarse a las claras los muchos motivos de contraposición que existen entre ellos e intentar, en todo caso, poner otra vez en marcha la herrumbrosa, averiada teoría de la coexistencia pacífica.
>
> Carter y Breznev llevaron a Viena la diferencia de ritmo de sus dos países y la reflejaban incluso físicamente. Se reunieron por necesidad. Convencidos de que nunca cogerán la misma onda, tal vez previendo que lo más fácil es que sean otros quienes se reúnan en nombre de sus dos países en la próxima ocasión»[19].

La palabra que mejor resume cómo *La Vanguardia* se acercó al desarme es escepticismo. El diario catalán denunció el oscurantismo de las potencias en un tema tan delicado como el del armamento nuclear que llegaba de forma sesgada a la opinión pública. En realidad en Viena no había pasado nada importante más allá de un fotografiado encuentro. Se trata de mantener las zonas de influencia norteamericana y soviética, de definir una especie de código de comportamiento, de mantener la incongruencia que hasta ahora han supuesto los acuerdos en materia de desarme, y nada más:

> «Quienes a estas horas se escandalizan ante el acuerdo rusoamericano y su escaso contenido, deben considerar que las negociaciones SALT nunca tuvieron el desarme como objetivo. Ni la eliminación de los arsenales nucleares ni una reducción drástica de los gastos militares. Las armas estratégicas y la tecnología que las ha producido existen –están ahí– y no puede entenderse que se evaporen como consecuencia de la firma de unos papeles. La finalidad de las negociaciones consiste en llegar al establecimiento de ciertas reglas con las cuales la coexistencia resulte lo más estable posible».[20]

La incongruencia es tal que no solamente es imposible conocer las especificidades técnicas de un armamento tan poderoso, sino que los acuerdos están destinados a ir quedándose obsoletos uno a uno debido a los avances técnicos. Parece advertirse que la cabecera catalana consideró que las materias relacionadas con el desarme se movían en el terreno de lo irreal.

Armas y propaganda *vs.* desarme, 1981

Fue precisamente durante 1981 cuando la carrera de armamentos avanzó a pasos de gigante a costa de la mutua destrucción asegurada. Según Reagan, «los soviéticos iban creando una nueva arma detrás de la otra»[21]. Un hecho

19. NADAL, Carlos, «Sin ilusiones», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.
20. DE SEPÚLVEDA, Francisco L., «Tratado SALT II: mucho mejor que nada», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.
21. REAGAN, Ronald, *Una vida americana*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991, p. 265.

que sí afectaba a las relaciones entre los bloques y al devenir de la Guerra Fría venía determinado por el nuevo dirigente de la Casa Blanca: un duro negociador que había hecho de la firmeza el eje de su política para con los soviéticos, el republicano Ronald Reagan.

> «Como base de mi política exterior, decidí que teníamos que enviar a los soviéticos un mensaje tan fuerte como pudiésemos, aclarando que no íbamos a permanecer a un lado por más tiempo mientras ellos armaban y financiaban a los terroristas y subvertían Gobiernos democráticos. Nuestra política iba a estar basada en la fuerza y el realismo. Yo quería paz mediante la fuerza, no paz con un pedazo de papel»[22].

Lo que sucedió a partir de entonces fue que la inversión norteamericana se incrementó hasta conseguir la modernización total de las fuerzas nucleares para contrarrestar los misiles soviéticos.

La primera propuesta que el presidente norteamericano hizo a los soviéticos, fue la opción cero-cero, es decir, la eliminación de todas las armas nucleares de alcance medio en Europa. La propuesta no tuvo aceptación en el bando soviético, que se negó de forma sistemática a renunciar a los misiles de alcance medio. La acción –considerada belicista por buena parte de la comunidad occidental, Mitterrand y Trudeau fundamentalmente–, consistía en el despliegue de misiles *Pershing II* y de crucero, con el propósito de obligar a Moscú a aceptar la paridad cero-cero.

Los soviéticos tenían más cohetes intercontinentales además del temido SS-20 para el que no había contrapartida occidental. En general, desde el punto de vista numérico, Moscú aventajaba a Washington en submarinos nucleares, bombarderos atómicos, tanques, aviones, cañones y hombres. Si bien, en el apartado cualitativo, el arsenal soviético se había quedado obsoleto frente a las fuerzas norteamericanas que disponían de los *Pershing* y los *Cruise*, el bombardero B-52 y cabezas atómicas de las características de los *MX* y los *Trident*, armas de gran precisión y con capacidad para cubrir miles de kilómetros en minutos.

Semejante arsenal se adivinaba peligroso y las negociaciones sobre el mismo parecían revestir una gran complejidad, si bien el punto de partida era bastante más simple: si la URSS renunciaba a los SS-20, los misiles de alcance medio sobre Europa, Washington renunciaría al despliegue de los *Pershing* y de los *Cruise*. La tensión estaba servida: por una parte la agresividad norteamericana en manos de un duro negociador con una supremacía armamentística

22. *Ibid.*, p. 274.

de tales proporciones, y por otra el Kremlin, a pleno rendimiento en el terreno propagandístico.

En diciembre de 1981 Ginebra fue testigo de un encuentro entre norteamericanos y soviéticos tras tres años de silencio sobre material nuclear. La ciudad suiza acogía a los centenares de periodistas que se habían desplazado para cubrir el evento. Los protagonistas esta vez eran Paul Nitze[23] por la parte norteamericana y Yuli Kitsinski en representación de la delegación soviética. Desde Viena no había habido encuentros entre dirigentes o representantes de Washington y Moscú, por lo tanto nada se había avanzado en materia de desarme.

La Vanguardia dedicó una primera página completa[24] al hecho, además de dos crónicas interiores firmadas[25]. De nuevo no encontramos un editorial a pesar de la importancia del acontecimiento y su tratamiento en portada. Como una «iniciativa saludable y extraña» se refería uno de los articulistas a aquellas primeras conversaciones sobre desarme, y además sentenciaba: «el fantasma de la guerra nuclear sirve para movilizar a la opinión pública europea»[26]. Este postulado coincide con uno de los argumentos esgrimidos por O'Sullivan en cuanto a considerar que: «En el trascurso de esos dos años el bloque del Este y del Oeste se enzarzó en una titánica lucha por el espíritu político de Europa»[27].

La Vanguardia cambió el escepticismo por la decepción como nota característica de la cobertura de las conversaciones en la ciudad suiza. El núcleo del discurso fue la denuncia por el secretismo con el que las dos potencias se reunían en Ginebra sin que trascendiera información de relevancia para la opinión pública, y todo ello a pesar de los centenares de periodistas convocados allí. Estamos ante una reunión que se reduce a una primera toma de contacto

23. «Por haber apoyado la acumulación de armas de destrucción masiva como un instrumento de disuasión, Paul Nitze es identificado como un «halcón»». De La Paz, Gabriela, «Los arquitectos de la Guerra Fría», *Confines*, 6/11 (enero-mayo 2010), pp. 111-115, p. 111. Para más información sobre los negociadores norteamericanos durante la Guerra Fría, véase Thompson, Nicholas, *The Hawk and the Dove. Paul Nitze, George Kennan, and the History of the Cold War*, New York, Henry Holt & Company, 2009.
24. Junto con una información en la parte inferior dedicada a la muerte de la actriz norteamericana Natalie Wood.
25. «Reunión para la esperanza, en Ginebra», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 1. Mac Liman, Adrián, «Las negociaciones de desarme, en secreto», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 3. L. F., «Alexander Haig considera fundamentales las negociaciones con la URSS», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 16.
26. Mac Liman, Adrián, «Las negociaciones de desarme, en secreto», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 3.
27. O'Sullivan, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra*…, p. 321.

entre las dos delegaciones para futuras negociaciones: «una conferencia para reducir las armas nucleares dirigidas hacia Europa apartándose de la teoría soviética de que se trata de todos los sistemas de alcance medio»[28].

La Guerra Fría se calienta

Durante el año 1982 las cosas no cambiaron en las relaciones entre EE.UU. y la URSS. La Asamblea Extraordinaria de Desarme celebrada en Nueva York reunía a menudo a los secretarios de Estado, Haig y Gromiko, sin que saliera ninguna negociación de aquellos encuentros. Los únicos avances tenían que ver con la propaganda y con las manifestaciones pacifistas que recorrían el mundo y que habían nacido en Europa:

> «Toda Europa, por encima de las divisiones de los bloques militares y políticos, es recorrida por un movimiento de opinión popular, pacifista y anti-armamentista, de dimensiones y amplitud insospechadas. Parece, como si inesperadamente, se hallase un lenguaje común a uno y a otro lado del telón de acero. Lógicamente, su grado de intensidad más agudo se registra en Europa Central; posiblemente los euromisiles nucleares hayan hecho más por el acercamiento entre las dos Alemanias que cualquier otra doctrina o ideología»[29].

La Vanguardia no asumió la visión romántica de los movimientos pacifistas presentada por algunos autores, y sí mantuvo una actitud de condena explícita sin ambigüedades sobre una «bella hipótesis» que no se sostiene:

> «(…) por dos razones evidentes: en primer lugar, el pacifismo europeo es, ante todo, antiamericano, como antiamericana fue la nueva izquierda que nació en los años sesenta. (…) En segundo lugar, el pacifismo no es un movimiento generador de un nuevo europeísmo porque sus manifestaciones no han llegado a proponer una sola acción positiva –basta pasar revista a los textos de sus pancartas–, de modo que difícilmente quienes han participado en ellas han podido sentirse miembros de una patria europea portadora de un mensaje de liberación y de modernidad»[30].

28. L. F., «Alexander Haig considera fundamentales las negociaciones con la URSS», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p.16.
29. MESA GARRIDO, Roberto, «Guerra fría, distensión y solución de conflictos», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n.º 3 (1989), pp. 247-268, p. 263. Algunas visiones menos favorables de los movimientos pacifistas pueden consultarse en O'SULLIVAN, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra*…, pp. 321 y 332. PAYNE, Stanley. G., «La presidencia de Ronald Reagan…», p. 106. También CUARTERO LARREA, Miguel, «Pacifismo, Desarme y No Violencia», (Ponencia en Seminario del Instituto Español de Estudios Estratégicos, XII-1983), *Cuadernos de estrategia*, 128 (2004), Ministerio de Defensa, pp. 161-186, p. 173. TUSELL, Javier, «Pacifismo y derechos humanos», *Cuenta y Razón*, 13 (Septiembre-Octubre 1983), p. 125.
30. «En torno al pacifismo», *La Vanguardia*, 17-XI-1981, (editorial), p. 5.

En noviembre de 1982 moría Leónidas Breznev y le sucedía un antiguo jefe de la KGB, Yuri Andropov. Aquel cambio de liderazgo en el Kremlin no iba a suponer que las relaciones entre Washington y Moscú se vieran favorecidas, sino más bien todo lo contrario.

En 1983 nacía la IDE (Iniciativa para la Defensa Estratégica)[31] una especie de fórmula concebida como elemento de disuasión nuclear, y cuyo núcleo central estaba compuesto por un sistema global de reducción de armas nucleares[32].

> «(…) el 23 de marzo de 1983, (…) Ronald Reagan, volvería a abrir el debate sobre las defensas antimisiles. En un ya célebre mensaje televisado, Ronald Reagan criticó la falta de moralidad del equilibrio del terror, en la disuasión nuclear, en mantener un mundo en una precaria estabilidad sólo garantizada por la posibilidad última de un suicidio mutuo, preguntándose y preguntando a los ciudadanos americanos si no sería mejor 'salvar vidas que vengarlas'»[33].

Reagan perseguía un programa que diseñara la forma de defenderse de la amenaza nuclear y que volviera inútiles y obsoletas las armas. Según Bardají: «Esa noche Ronald Reagan sorprendió al mundo no tanto por replantear la pregunta de ¿podemos lo que queremos? cuanto por su fe decidida en que lo que proponía era realizable, en que se podía lo que se quería»[34].

En otoño del mismo año comenzaba el despliegue de los *Pershing* por el suelo europeo y tan sólo un mes más tarde, el Pentágono autorizaba el desarrollo de armas espaciales más poderosas que fueran capaces de destruir los misiles enemigos antes de alcanzar sus objetivos. Reagan lanzaba una ofensiva mayor al autorizar el aumento del presupuesto al programa de investigación tecnológica espacial. Desde el viejo continente se llevó a cabo una vehemente oposición al despliegue de los *Pershing* como si el republicano fuera a dirigirlos contra Europa y no como mecanismo de defensa de los misiles soviéticos.

La Unión Soviética amenazó entonces con la retirada de la mesa de negociaciones, amenaza que se materializó en diciembre y que encrespó la relación entre los bloques, sobre todo a partir de los incidentes que analizamos en epígrafes posteriores y que aumentaron la temperatura de una ya caliente Guerra Fría.

31. SDI (*Strategic Defense Iniciative*).
32. O'Sullivan, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra*…, p. 363.
33. Bardají, Rafael L. «La SDI: una falsa…», p. 607. El artículo incluye una exhaustiva explicación de la SDI, así como una escéptica visión de la misma y la inviabilidad de los ideales presidenciales de Reagan con respecto a la SDI, cfr. p. 608.
34. *Ibid.*, p. 607.

El año 1983 alcanzó momentos de máxima tensión internacional y no sólo en el terreno armamentístico, como tendremos ocasión de comprobar. Nos ocupamos en primer lugar de las informaciones interiores, tanto de corresponsales y enviados especiales como algunas de agencia.

La Vanguardia dio por terminado el ciclo de escepticismo con el que en los tres años anteriores se había abordado el tema del desarme y optó por otros discursos: la amenaza que la URSS suponía para el mundo y el apoyo que merecía la estrategia norteamericana. Lo que hizo el diario fue presentar la opción de Reagan como algo aceptado por los aliados de la OTAN, sin querer ser ambiguo en torno a la postura de aquellas potencias europeas reticentes al despliegue de euromisiles[35]. No menos explícito se mostró con respecto a la denuncia del abandono de la mesa de negociaciones por parte de la URSS tras la instalación de los *Pershing*, así como en señalar las constantes amenazas que lanzaba Andropov sobre EE.UU.[36]. En el mismo sentido, uno de sus analistas señalaba cómo iba a aprovechar Moscú la baza propagandista ante la imposibilidad de competir con las armas norteamericanas:

> «Por lo demás, es muy probable que Moscú cuente ya con tener enfrente las nuevas armas norteamericanas. Y que vea en ello el lado favorable, es decir, la oportunidad para sacarle el máximo provecho propagandístico a fin de alentar e incrementar las tendencias pacifistas de la Europa occidental, nada desdeñables, especialmente en el punto clave, Alemania»[37].

La claridad, la crítica y la desesperanza ante la falta de entendimiento entre las potencias, cuando una de ellas, –entiéndase URSS–, es especialmente peligrosa, son los calificativos que mejor definen la información sobre el tema en el diario catalán. Introdujo la cuestión sin exageraciones dado que las potencias se habían ajustado a sus anunciadas promesas: instalar los euromisiles y romper las negociaciones; la crisis no ha hecho más que comenzar y será ahora cuando ese «equilibrio del terror» cobre fuerza. Entre los *dimes y diretes* entre las potencias, las ineficaces y parciales movilizaciones pacifistas y el despliegue de un aparato armamentístico de dudosa eficacia y precisión, el panorama que se cierne sobre el mundo no deja de ser desolador para la cabecera. Los seres humanos quedan indefensos ante un despliegue sobre el que apenas

35. «Los euromisiles los pone gratis Norteamérica para proteger a Europa y no viceversa», GARRIGO, Andrés, «La reducción de misiles sustituye la opción cero», *La Vanguardia,* 27-III-1983, p. 15.
36. EFE, «Andropov anuncia el despliegue, en los mares, de misiles dirigidos a EE.UU.», *La Vanguardia,* 25-XI-1983, p. 3.
37. NADAL, Carlos, «Más allá de diciembre», *La Vanguardia*, 2-X-1983, p. 17.

tienen conocimientos, desamparados y con la esperanza de que las potencias se avengan a negociar[38].

Una vez conocido el posicionamiento del diario en materia de información interior, nos interesa conocer el discurso editorial. Para ello nos ocupamos de todos los editoriales publicados con motivo del desarme en ese año. El total de unidades analizadas es de ocho[39]. El año comienza con un diálogo de sordos entre los bloques. El tema del «rearme», que ya no sólo desarme, es un desafío grave para la humanidad, por lo que la solución pasa para el diario por frenar la carrera de armamentos y encontrar puntos de unión en materia de desarme. Esta solución debe procurar un diálogo que ponga fin a esta peligrosa situación:

> «(…) alguna forma de negociación real debe suceder a la guerra verbal y al clima de amenazas entre la radical «opción cero» que propugna Reagan y las engañosas propuestas soviéticas de reducir los «SS-20» equiparándose –cuando le conviene a la URSS así lo hace– a Francia y Gran Bretaña, como si los Estados Unidos y la OTAN no estuvieran presentes en Europa, hay que encontrar una vía de diálogo»[40].

En este clima de hostilidad, Europa no ha sido capaz de desempeñar ningún papel, y no es sólo ya una víctima del rearme sino que también «es víctima de su propia indecisión y su voz parece escucharse cada vez menos»[41]. Se trata de un análisis ponderado y real de la situación, en el que *La Vanguardia* nos advierte de la postura firme de Reagan, de la violación sistemática del Acta de Helsinki por parte de Moscú, y de la situación a la que ha quedado relegada la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, (CESCE). Europa ha sido desplazada a un lugar marginal sin voz ni voto.

> «Antes de cerrar toda puerta a la esperanza, hay que desear por lo menos que, en las pocas semanas que quedan, un gesto soviético –si no en el terreno de los misiles sí por lo menos en el de los derechos humanos– permita

38. «Resultado: que entre «Pershing», «Cruceros» y «SS-20», tres mil millones de seres humanos vivirán a la vez amenazados y protegidos por ese nuevo equilibrio de armas terroríficas. Lamentablemente, esta es la nueva realidad, mientras no se avengan las dos superpotencias a negociar el desarme bilateral». *Ibid*.
39. «Rearme y desarme», *La Vanguardia*, 21-I-1983, p. 5, (editorial). «Weinberger y las distintas opciones», *La Vanguardia*, 23-III-1983, p. 5, (editorial). «Reagan juega fuerte», *La Vanguardia*, 21-IV-/1983, p. 5, (editorial). «La acción psicológica de Andropov», *La Vanguardia*, 31-VIII-1983, p. 5, (editorial). «El verdadero peligro», *La Vanguardia*, 7-IX-1983, p. 5, (editorial). «Rusia pasa a la acción», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 5, (editorial). «El mundo y los 'missiles'», *La Vanguardia*, 25-XI-1983, p. 5, (editorial). «Riesgo calculado», *La Vanguardia*, 9-XII-1983, p. 5, (editorial).
40. «Rearme y desarme», *La Vanguardia*, 21-I-1983, p. 5, (editorial).
41. *Ibid*.

> desbloquear una situación en la que Reagan juega muy fuerte, seguido con más o menos ardor por unos aliados europeos que tienen de hecho poca voz ante la batalla que concierne principalmente a las dos grandes potencias»[42].

Nos hallamos ante textos que definen una actitud comedida, aséptica y concreta de lo que estaba ocurriendo. La cabecera parece sentirse muda porque no hay nada que decir, y no se desprende que abogue por actitudes retóricas, porque para eso ya están las potencias: «Shultz y Gromyko representan a dos países con arsenales nucleares potentes. Sus respectivos gobiernos están enzarzados en una retórica política y militarista que no presenta síntomas de conciliación reales»[43]. Nada puede ocurrir mientras los dos grandes no adopten una actitud de cooperación, da igual que se firmen actas tras encuentros, en este caso en la Conferencia de Seguridad y Cooperación que tiene lugar en Madrid, donde los bloques no se escuchan: «Este peligro real, de armas en posición de disparar, no lo va a desviar –por desgracia– el acta final que mañana se disponen a firmar 35 países»[44].

A pesar del peligro real, el diario consideró «poco probable» que pudiera estallar un conflicto mundial: las potencias manejan muy bien sus tiempos y sus armas, y saben hasta dónde pueden llegar[45].

La línea de los editoriales es muy similar excepto en uno de ellos. Se trata de la pieza más áspera publicada con motivo del despliegue de los euromisiles. Aunque responsabiliza a los dos bloques de la situación que acontece, vuelca un grado de crueldad sobre Moscú, además de vincular al bloque soviético con los movimientos pacifistas y a éstos, con visiones parciales y actitudes torticeras.

> «Los movimientos pacíficos, casi todos de neto origen marxista y filosoviéticos no han podido con las mayorías gubernamentales.» (…) La réplica soviética no se hará esperar. La retirada de la mesa de conversaciones es sólo un comienzo. Seguirá, de inmediato, el principio de una nueva escalada que tendrá de protagonistas a los territorios del Pacto de Varsovia, vecinos de Occidente. Sin previas consultas parlamentarias, como es de rigor. ¿A qué Parlamento consultaron hasta la fecha los dirigentes del Kremlin para llevar a cabo el despliegue de las seis mil cabezas nucleares que apuntan desde hace años a la Europa del Oeste y también más allá de la frontera chino–soviética? ¿Dónde están, si es que los hubo o se atrevieron a manifestarse, los pacifistas que contestaran tan tremenda decisión unilateral?»[46]

42. «Reagan juega fuerte», *La Vanguardia*, 21-IV-1983, p. 5, (editorial).
43. «El verdadero peligro», *La Vanguardia*, 7-IX-1983, p. 5, (editorial).
44. *Ibid*.
45. «Riesgo calculado», *La Vanguardia*, 9-XII-1983, p. 5, (editorial).
46. «El mundo y los 'missiles'», *La Vanguardia*, 25-XI-1983, p. 5, (editorial).

Ni Ginebra ni Viena: Estocolmo

«A pesar de nuestras diferencias políticas y las distintas perspectivas que tenemos sobre los problemas internacionales, tengo la confianza que podremos hacer progresos para reforzar la paz y para resolver nuestras diferencias a través de negociaciones y discusiones».
Konstantin Chernenko[47]

La felicitación del líder soviético no era más que una mera formalidad de las que se dedicaban las potencias en elecciones y designaciones. Reagan inauguró su segundo mandato destinando más fondos a la carrera armamentística mientras la URSS sufría una crisis de liderazgo y económica delicada. La silla del Kremlin volvió a cambiar, esta vez se trataba de Konstantin Chernenko que ocuparía la Secretaría general desde abril de 1984 hasta marzo de 1985, pero como en anteriores circunstancias, el desencuentro entre el Este y el Oeste permanecía inalterable.

La tensión se mantenía en torno a un panorama peligroso: Estados Unidos continuaba el envío de euromisiles al viejo continente y la URSS desplegaba más SS-20 por Alemania Oriental y Checoslovaquia.

En enero de 1984 tenía lugar la CDE (Conferencia sobre Desarme en Europa) en la ciudad sueca de Estocolmo que volvía a poner en contacto a los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos y la Unión Soviética: George Shultz y Andrei Gromiko.

Las conversaciones de Ginebra, es decir, las relacionadas con la reducción de armas nucleares de alcance medio (*INF*) y las estratégicas (*START*) habían muerto; las de Viena, aunque agonizantes, podían retomarse ya que se trataba de un foro multinacional en el que las posiciones de Washington y Moscú estaban menos comprometidas. El elemento más positivo de Suecia era la reanudación de las negociaciones sobre reducción de armas convencionales en Europa.

Durante más de cinco horas el nuevo secretario de Estado norteamericano, George Shultz y su homólogo soviético, Andrei Gromiko, se reunieron con el propósito de abordar temas relacionados con la situación mundial y el desarme.

El espacio dedicado por *La Vanguardia* a la conferencia fue amplio: dos portadas, francamente editorializantes, cinco noticias interiores y un editorial.

47. Extraído del prólogo de un libro con escritos de Chernenko, citado por: Foix, Luis, «La Administración Reagan está preparando un plan de acuerdo sobre desarme con la URSS», *La Vanguardia*, 16-XI-1984, p. 10.

Se observa un tratamiento más ácido y anticomunista en el diario que no se había advertido, al menos de forma tan contundente, hasta ahora. En las primeras páginas el diario aprovechó la ironía para arremeter contra el sistema soviético:

> «(…) como era de esperar dentro de los hábitos propagandísticos y diplomáticos, indicó los buenos propósitos de la Unión Soviética, cuyo principal objetivo, afirmó, consistía en evitar la guerra y se mostró partidario de resolver todo problema internacional sobre la mesa de negociaciones»[48].

En la misma línea, publicó la fotografía en grande de la mujer de un disidente ruso con el retrato de su marido en la mano, para acompañarlo del siguiente texto: «No todos están de acuerdo con la 'política de paz' de la Unión Soviética expuesta por Andrei Gromyko en las reuniones de Estocolmo»[49].

Con respecto a los discursos emitidos por nuestra cabecera, se detecta cómo la propaganda con la que la URSS había llegado a Estocolmo y la forma en que estaba sirviendo como base del discurso antiamericano en Europa, fueron los núcleos centrales del diario:

> «Tal como se preveía, al menos parcialmente, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, utilizó el foro de la CDE para realizar un furibundo ataque dialéctico contra la política exterior de la Administración Reagan, acusándola prácticamente de llevar el mundo a la guerra. En uno de los discursos más rabiosamente antinorteamericanos, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, ha resumido todo el resentimiento acumulado por Moscú en los últimos años respecto a la política exterior de la Administración Reagan. (…) acusó a Estados Unidos de prácticamente todos los males y peligros de guerra que azotan a la humanidad. Empezó justificando la brusca retirada soviética de las tres negociaciones sobre desarme en Europa, diciendo que toda la culpa la tiene Washington»[50].

La crítica por la falta de acuerdo entre las dos potencias recayó según el diario sobre la URSS. Han sido los europeos y EE.UU. los que han acudido a la capital sueca con ánimo de llegar a un acuerdo, y para ello incluso Reagan, –más por consejo de sus asesores que por una decisión personal de bajar el tono de firmeza en cuanto a su política de desarme–, ha pronunciado un discurso conciliador sobre el tema; sin embargo los soviéticos no parecen dispuestos a facilitar una negociación[51].

48. «Gromyko atacó a EE.UU.», *La Vanguardia*, 19-I-1984, p. 1.
49. «La mujer de un disidente protestó en Estocolmo», *La Vanguardia*, 20-I-1984, p. 1.
50. FOIX, Luis, «Severo ataque de Gromyko contra la política exterior norteamericana», *La Vanguardia*, 19-X-1984, p. 13.
51. RAMOS, Rafael, *La Vanguardia*, 20-X-1984, p. 12.

La desaprobación no era sólo para la URSS dado que los bloques continuaban rearmándose y desplegando misiles por territorio europeo sumidos en sus propias estrategias: Reagan tratando de ser reelegido y Gromiko lanzando soflamas contra EE.UU. en su empeño por ganar la batalla propagandística[52]. Sin embargo, algo ha cambiado en el diario en este año 1984 con respecto a los anteriores. Hasta ahora, se había mostrado imparcial en el pulso librado por los bloques a cuentas del desarme nuclear y de una Europa indefensa y ausente; a partir de ahora, el diario entona un discurso implícito a favor de quien cree que está ganando esta *mano*: Ronald Reagan. La URSS parece que también tiene el mismo parecer según *La Vanguardia*, de ahí los furibundos ataques en Estocolmo. Así lo presentó el diario:

> «El ministro soviético de Asuntos Exteriores se despachó a gusto en un ataque frontal, durísimo, contra la política exterior de Estados Unidos, que ha venido a ser como un alegato contra quien la inspira, o sea, el presidente Reagan. (…) Gromyko no se ha limitado a resaltar este aspecto de la situación actual, Sino que ha tenido especial interés en acusar a Estados Unidos de estar desarrollando una política exterior agresiva y desestabilizadora en todo el mundo»[53].

El diálogo continúa congelado

Ronald Reagan no había conseguido un encuentro con un mandatario soviético durante su primer mandato, algo que sus más firmes críticos se encargaban de recordar de tanto en cuando. La reelección del republicano no fue bien recibida por los soviéticos que sabían que tendrían que negociar con Reagan de forma irremediable. Aún habría de pasar casi un año para que se encontraran Reagan y Gorbachov[54] en Ginebra, en noviembre de 1985, pero todo hacía presagiar un entorno más favorable, en el que si bien las negociaciones sobre desarme fueran una utopía, al menos se produjera un encuentro entre los dos colosos que controlaban la política mundial.

El año 1984 parecía abrir una esperanza para que las potencias empezaran a tomarse en serio la posibilidad de entenderse y frenar la carrera de armamentos. Pero era un espejismo; había más de protocolo que de colaboración, es decir, prevalecía la propaganda, la retórica y la declaración de intenciones por delante de los buenos propósitos. Así Reagan seguía haciéndole propuestas

52. Foix, Luis, «La reanudación de las negociaciones de Viena probable único resultado», *La Vanguardia*, 20-X-1984, p. 11.
53. «El ataque de Gromyko», *La Vanguardia*, 19-I-1984, p. 5, (editorial).
54. Elegido en marzo de 1985.

imposibles a los soviéticos, y éstos entonando que el entendimiento era necesario e *imposible* con el republicano.

El tratamiento en *La Vanguardia* en torno al «plan paraguas» de Reagan fue esperanzador. Estábamos ante un entorno nuevo, la nueva legislatura de Reagan y el cambio de silla en la URSS, es decir, se daban las circunstancias para volver a la mesa de negociaciones. Los soviéticos puede que accedieran a ello pero no tanto por una concesión política sino por una cuestión económica[55]:

> «La Administración Reagan está elaborando el llamado «Plan Paraguas» para proponer un acuerdo global con la URSS sobre desarme. Un funcionario de la embajada soviética en Washington calificó esta propuesta como un paso sin precedentes en la historia de las tensas relaciones entre los dos países. Antes de responder formalmente a la iniciativa de Reagan, los soviéticos quieren conocer más detalles sobre a qué nivel tendrían que celebrarse las conversaciones, en qué ciudad y qué temas tendrían que ser tratados con prioridad»[56].

La Guerra Fría se lleva a 269 pasajeros

El período que analizamos de la Guerra Fría no tuvo solamente al desarme como protagonista sino que hubo otros puntos de fricción que encresparon aún más, si cabe, aquellos años: el terrorismo.

Nos ocupamos del hecho que se produjo el treinta y uno de agosto de 1983, cuando un avión comercial surcoreano con doscientas sesenta y nueve personas a bordo fue derribado por un caza soviético en el Pacífico occidental, en las inmediaciones de la isla de Sajalin. En un primer momento las autoridades soviéticas negaron su implicación en el derribo del avión que invadió el espacio aéreo de la URSS. Conforme avanzó la crisis y se fueron esclareciendo los hechos, se vieron obligados a confirmar su participación.

El diario publicó bastante información: cuatro primeras páginas, dos de ellas de temática única, abundante información interior y tres editoriales.

El texto de las portadas evita una crítica mordaz o ácida contra los soviéticos como sí hemos visto en algunas informaciones relacionadas con el desarme[57]. El énfasis está puesto en las víctimas y no parece que desde este

55. FOIX, Luis, «La Administración Reagan está preparando un plan de acuerdo sobre desarme con la URSS», *La Vanguardia*, 16-XI-1984, p. 10.
56. «Desarme: nuevo plan de Reagan», *La Vanguardia*, 16-XI-1984, p. 1.
57. «Un caza soviético derriba a un avión civil surcoreano, sobre territorio militar, con 269 personas a bordo», *La Vanguardia,* 2-IX-1983, p. 1. «Buscan el «747» coreano derribado», *La Vanguardia,* 3-IX-1983, p. 1. «Flores y lágrimas japonesas sobre el mar para las víctimas del atentado perpetrado por los soviéticos», *La Vanguardia,* 5-IX-1983, p. 1. «Un avión espía de EE.UU. volaba junto al Jumbo», *La Vanguardia,* 6-IX-1983, p. 1.

espacio se persigan fines que no sean meramente informativos. Parece que *La Vanguardia* entiende que el tema es demasiado grave y que hacer propaganda es ofender a las víctimas, y al fin y a la postre, a sus lectores.

El discurso central fue de condena a la URSS por el atentado perpetrado contra civiles. Con respecto a los discursos secundarios encontramos una pseudocondena a EE.UU., la expresión de la rabia que producía el sufrimiento causado a las víctimas y el sentimiento de miedo e inseguridad por la situación mundial como consecuencia de las desavenencias entre las dos potencias. El hilo argumental de todos estos temas se mantuvo en torno a las víctimas: las que habían muerto, las que no podían ni siquiera recuperar los cuerpos de sus seres queridos, y el resto de la humanidad, que sufría en silencio el miedo y la propaganda difundido por los bloques.

La Vanguardia se pregunta ¿por qué se abatió un avión comercial, indefenso, que no llevaba a cabo ninguna misión militar ni de espionaje? Y entienden que ninguna respuesta podría justificar tal acción.

En la información interior encontramos una narración de los acontecimientos y de los interrogantes que rodearon al atentado, todo ello hasta que la URSS confirmó su participación, y hasta que EE.UU. reconoció que tenía un avión espía sobrevolando la zona: este hecho varía el análisis que pueda hacerse del atentado[58]. La cobertura interior mantiene la serenidad en los titulares y también en el cuerpo de las informaciones. Los únicos textos que adoptan actitudes más persuasivas tienen que ver con las crónicas de analistas, corresponsales y enviados. En ellas se abunda en la crítica contra la Unión Soviética; son textos que incluyen repulsa e ironía para caricaturizar a Moscú, un sistema inútil pero muy peligroso que ni siquiera sabe qué versión ofrecer:

> «Las órdenes y las normas disciplinarias en aquellos límites se suponen de máxima rigidez. Queda lamentablemente demostrado que se cumplen con precisión de autómata. Y, aunque cabe la posibilidad de otras versiones –la fatalidad de errores por una o ambas partes–queda también la impronta de un sistema de seguridad dispuesto a mostrarse implacable, antes que dar ninguna sensación de debilidad»[59].

Pero la caricatura no se limita al sistema soviético sino que se hace extensible al norteamericano. Esta «Guerra de las Galaxias» sí es real para el diario, y ha destapado de forma indirecta la manera de operar de la Casa Blanca. La batalla

58. Washington reconoce que tenía un avión espía cerca del Jumbo surcoreano abatido por la URSS, *La Vanguardia,* 6-IX-1983, p. 3.
59. ARIAS, Jaime, «Temores en Asia, debilidades en Europa», *La Vanguardia,* 2-IX-1983, p. 10.

de esta *guerra sucia*, la han protagonizado dos potencias, aunque el misil sea soviético, y por desgracia, la hemos perdido todos.

> «Aunque el atentado aéreo más bochornoso que se recuerda en tiempos de paz no vaya a desencadenar ningún conflicto bélico de grandes dimensiones, sí que se puede afirmar que la guerra del espacio ya tiene nombres y apellidos y ha dejado de pertenecer al fantasioso mundo de los Kubrick, Spielberg, Lucas y otros. La frialdad y seguridad con que George Shultz lanzaba las acusaciones contra el Kremlin estaban avaladas por una prueba testifical impecable. Irónicamente, lo que ocurría a más de diez mil metros la altura en un día normal, en un vuelo regular, estaba tan al alcance del Pentágono como cualquier conversación *pinchada* entre dos personas situadas a ras de tierra puede estar en posesión del gobierno»[60].

Nos ocupamos a continuación del discurso editorial. En el primero publicado, es decir, el del día dos de septiembre, –hasta el día seis no se conoce que EE.UU. había sido testigo de la conversación entre los cazas soviéticos–, ya condenó la fragilidad, cuando no oportunismo estratégico, de las comunicaciones entre los bloques.

> «¿Es que las relaciones entre las dos grandes potencias, con sus teléfonos rojos y demás medios de comunicación y consulta rápida, no son capaces de evitar que más de doscientas personas civiles pierdan la vida cuando la persecución dura horas? Algo falla ahí en la responsabilidad compartida de velar por la paz mundial»[61].

La conmoción de los hechos no consiguió que el diario apostara por un discurso servil e inmaduro sobre buenos y malos. La reflexión partía de confirmar hasta qué punto podíamos estar seguros en el mundo sabedores del arsenal nuclear del que disponían la URSS y EE.UU. Si la justificación soviética no se sostiene, tampoco puede obviarse el hecho de que la fragilidad de las comunicaciones entre las dos potencias haya quedado en evidencia. ¿Por qué no descolgó el teléfono rojo la Casa Blanca cuando se detectaron las operaciones que los cazas soviéticos trataban de acometer?:

> «Aunque el atentado aéreo es en sí gravísimo, lo que más nos debe preocupar son las consecuencias que tiene para el futuro de las relaciones internacionales. Porque lo que cayó sobre el mar del Japón no fueron solamente los restos mortales y el avión troceado. Cayó también la confianza de una seguridad que hasta ahora nadie se atrevía a discutir. Y con la pérdida de esta seguridad ha nacido un nuevo miedo, una impotencia para resolver un problema que nunca debió tener un desenlace trágico»[62].

60. L. F. «Todo bajo control», *La Vanguardia,* 3-IX-1983, p. 4.
61. «Un misil en acción», *La Vanguardia*, 2-IX-1983, p. 5, (editorial).
62. «Quién y por qué disparó», *La Vanguardia*, 4-IX-1983, p. 5, (editorial).

La URSS recibía una condena argumentada en torno a los hechos, la destrucción de un avión civil, y no a las ideologías. Entiende el editorial lo difícil que a partir de ahora lo va a tener el Kremlin de cara a sus clientelas ideológicas: «Pero la tenaz propaganda soviética en favor de la paz difícilmente puede verse respaldada por la destrucción fulminante de un avión sin armas cargado de viajeros civiles»[63].

Los otros dos editoriales están destinados a condenar el sistema soviético por falso, injurioso, inhumano y totalitario. Por un lado, los hechos merecen un análisis más profundo que vaya más allá de lamentar la terrible pérdida de tantas vidas humanas. La repulsa internacional ya se conoce y lo que diga Washington también. Lo importante es saber qué pasa en el Kremlin. Todo el editorial se esmera en extraer la conclusión de por qué Moscú ha actuado así y por qué esa reacción ante los hechos. Para ello descompone minuciosamente el suceso, y la forma de actuar de los soviéticos de ordinario. Describe, no sin cierto rencor, su *modus operandi*:

> «La ambigüedad de la explicación oficial es la que ha preferido el Kremlin añadiendo todos los matices de rigor para acusar, de paso, al espionaje norteamericano. Es una técnica vieja y conocida. Recordemos que en los primeros días de 1980 se anunciaba al mundo que las tropas soviéticas entraban en Afganistán respondiendo a la llamada de auxilio que les fue formulada por el presidente Amín. Lo que no impidió que una semana después de entrar en territorio afgano el propio presidente muriera víctima de un atentado llevado a cabo por un comando dirigido por un capitán soviético»[64].

Por otro lado, se mantiene la condena contra el pacifismo «fabricado» en el Kremlin y que está encontrando su mejor megáfono en los ciudadanos europeos. Es la misma actitud mantenida en torno al desarme pero desde aquí se expresa con más acritud. Temor, terror y ausencia de información, así se expresó el editorialista:

> «Cuando no se dice, después de un acto de violencia homicida tan claro como la muerte de doscientos sesenta y nueve pasajeros de un avión comercial, que no se les quería matar resulta pintoresco posar de defensor de la paz y tratar de presentarse como potencia a la defensiva como no revele el ataque un exceso de temor. Y es que el temor, y aun el terror, puede ser también algo que sufre el que provoca el ataque. (…) Falta una explicación para el resto del mundo. Pero también falta una explicación, y ésta tan sencilla como necesaria, para los ciudadanos de la Unión Soviética y países dependientes: no

63. *Ibid*.
64. *Ibid*.

saben todavía que dentro del avión iban doscientos sesenta y nueve pasajeros. Y es lo primero que hay que saber»[65].

Matanza en el Líbano

Analizamos a continuación otro de los sucesos que convirtió el semestre de 1983 en uno de los más críticos del final de la Guerra Fría: el atentado perpetrado contra militares en misión de paz en Beirut en octubre de aquel año. El edificio que albergaba a los marines estadounidenses y a los paracaidistas franceses en Beirut sufrió dos explosiones en la madrugada del veintitrés de octubre, causando más de doscientos muertos[66], de los cuales más de ciento cuarenta y seis eran norteamericanos. El Movimiento de la Revolución Islámica Libre se atribuyó en un principio la matanza que se llevó a cabo a través de dos camioneros que portaban la carga explosiva.

Los orígenes del conflicto hay que situarlos en 1975 cuando llegaron al Líbano las primeras tropas sirias. La desestabilización fue paulatina y vinculada con una serie de acontecimientos. Por un lado la invasión de *Tsahal* israelí que se produjo en junio de 1982; los hechos siguieron la misma escalada violenta hasta que finalmente una fuerza multinacional integrada por norteamericanos, franceses, italianos y británicos se estableció en Beirut tras la matanza de palestinos en Sabra y Chatila en septiembre de 1982 a manos de la falange libanesa. Desde aquello, franceses y norteamericanos se habían convertido en los efectivos más implicados en el conflicto.

Los hechos que rodearon al atentado se produjeron con posterioridad al envío de aviones «Super-Etendard» franceses a Bagdad con el apoyo de Reagan, circunstancia que había provocado las represalias de los iraníes destacados en Líbano.

En el Líbano de 1983 se daban cita muchas tensiones de raíz religiosa, así como un número elevado de intereses de distinta índole que habían ido involucrando cada vez más a los norteamericanos. Antes del atentado, los soldados norteamericanos y franceses habían sido víctimas de una guerra indirecta; a partir de la masacre pasaban a convertirse en un objetivo directo.

La Vanguardia dedicó una amplia información al atentado que incluyó cinco primeras páginas, tres de las cuales fueron de temática única. La información interior fue asimismo muy completa, dieciocho noticias en total, sobre la posición norteamericana, francesa, la del resto de los países implicados,

65. «Falta una explicación», *La Vanguardia,* 5-IX-1983, p. 5, (editorial).
66. Las cifras entre cadáveres y desaparecidos ascendió a 243 víctimas.

Italia e Inglaterra, así como sobre el esclarecimiento de los hechos. En lo relativo a editoriales sólo publicó uno.

Para el diario los hechos ocurridos en Líbano eran otra batalla más de la Guerra Fría[67]; eran también una evidencia del fanatismo de la revolución islámica iraní.

De manera explícita y gráfica condenó un atentado que había sacudido la opinión pública mundial, parafraseando a los medios norteamericanos en torno a una especie de Pearl Harbour de Oriente Medio. El especial se enmarca bajo el título de: «Matanza en Beirut». El diario utilizó los calificativos más severos para referirse a los hechos: «salvaje ataque», «brutal atentado», «carnicería», «matanza», «sangriento atentado» [68].

Observamos una evolución en la sucesión de acontecimientos llevada a cabo por el diario, en la que se pasa de la condena unánime, a la descripción del horror del ataque suicida, pasando por el dilema que se le planteaba a EE.UU. y la actitud de los marines ante el drama de la guerra[69]. En todos estos acontecimientos se mantiene un mensaje de fondo que se incluye en varias ocasiones: se trata del atentado más grave cometido contra militares en misión de paz.

Una vez que sitúa al lector en los orígenes del conflicto y en las circunstancias en las que las «tropas de pacificación», –nombre con el que se refiere a los militares allí desplazados– han sido atacadas, *La Vanguardia* describió la complicada situación que tenía EE.UU. ante sí por la presión de una opinión pública que había perdido a tantos compatriotas. Norteamericanos y marines fundamentalmente, son ahora las víctimas de una guerra que empezó como pacificación y cuya complejidad dificulta el análisis, y lo que es peor, la solución[70].

El atentado se ha producido para ahuyentar a la fuerza internacional y sobre esa línea se informó acerca de la reacción de Reagan para no ceder ante la presión del fanatismo y abandonar una región a su suerte:

67. RAMOS, Rafael, «Estados Unidos no puede entregar Oriente Medio a la Unión Soviética», advierte Ronald Reagan», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 4.
68. *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 1.
69. «Matanza en Beirut», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 1. «Estados Unidos y Francia no abandonan Líbano», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 1. «El vicepresidente de EE.UU. visitó a los «marines» de Beirut», *La Vanguardia*, 27-X-1983, p. 1. «Entre la paz y la guerra, la fatiga y la negociación», *La Vanguardia*, 28-X-1983, p. 1. «Llanto por el hermano», *La Vanguardia*, 1-XI-1983, p. 1.
70. Véase «Horas de horror y de tensión tras el salvaje ataque contra las tropas de pacificación en el atormentado Beirut», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 3.

> «La retirada de los «marines» de Líbano equivaldría a claudicar ante las acciones de los terroristas árabes, y es políticamente inaceptable. No hacer nada y dejar que las cosas sigan como están equivaldría a una bomba de tiempo que podría explotar en las manos de Reagan en cuanto se produjera un nuevo ataque contra sus soldados. Y la tercera opción, lanzarse más a fondo en Líbano, supondría aceptar el riesgo de un nuevo Vietnam»[71].

Reagan, al mando del timón del país y con una situación que se le iba complicando en todos los frentes, adquirió bastante protagonismo. Con grandes dosis de firmeza y claridad, el republicano informaba de sus decisiones a la opinión pública explicando, no sólo por qué no podían dejar que la URSS se sintiera con ganas de intervenir en el conflicto, sino también por qué a nivel mundial era necesario establecer allí un orden:

> «"Norteamérica no se puede dejar intimidar y además aquella es una zona clave de la estabilidad de la región. Porque Estados Unidos tiene allí intereses vitales. La paz en ese país es la clave para la estabilidad de todo Oriente Medio. No podemos dejarnos intimidar por aquellos que quieren apoderarse del Mediterráneo oriental, del golfo Pérsico, de toda la zona... Nuestra credibilidad a una esfera global está en juego", dijo el presidente»[72].

El único editorial publicado con ocasión del atentado coincide con el núcleo argumental del resto de la cobertura: una batalla más entre dos potencias que miden sus fuerzas. Desde esta perspectiva la cabecera plantea, en primer lugar, cómo los bloques aprovechan cualquier circunstancia para beneficiarse y atacar al adversario: «Las ideologías se confunden al cruzarse los planos, pero los intereses permanecen atentos»[73]. En segundo lugar, cómo los poderes regionales «buscan el apoyo de los grandes poderes e implican a éstos en sus contiendas»[74]; y por último, unos «minipoderes» que utilizan el arma más eficaz: el terrorismo.

> «Las dos grandes poderes mundiales –los Estados Unidos y la Unión Soviética– no muestran interés especial en enfrentarse, pero aprovechan las infinitas posibilidades del mapamundi en ebullición para mejorar las posiciones propias y minar las del adversario»[75].

Una vez descrito el posicionamiento oficial que merecen los hechos, describe la situación que acompaña a un atentado cuya autoría aún no se conoce:

71. RAMOS, Rafael, «La decisión de Reagan sobre Líbano vendrá condicionada por su política electoral», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 13.
72. RAMOS, Rafael, «Estados Unidos no puede entregar Oriente Medio a la Unión Soviética, advierte Ronald Reagan», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 4.
73. «Terremoto en Beirut», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 5, (editorial).
74. *Ibid*.
75. *Ibid*.

musulmanes chiítas o iraníes radicales. Atendiendo a la misma línea religiosa en su versión más fanática, acometerá una condena mordaz contra la URSS desde unos textos finales, y por tanto conclusivos, al equiparar el fanatismo y sectarismo entre islámicos y soviéticos respectivamente: «El fanatismo religioso de los dirigentes iraníes mueve las piezas en el tablero del mismo lado que los doctrinarios del ateísmo soviético»[76].

Consideraciones finales

Exponemos nuestras conclusiones basándonos en los dos niveles a los que la muestra ha sido sometida a análisis. En primer lugar destacamos, desde un plano cuantitativo, la importancia dedicada al tema que ocupa nuestro estudio desde las primeras páginas y desde una vasta información interior. No hay, sin embargo, una coincidencia entre portadas y editoriales en todos los hechos analizados, así ocurre con la Cumbre de Viena, el encuentro de Ginebra entre negociadores norteamericanos y soviéticos, y el atentado contra militares en Beirut. Quizá el número y la profundidad de análisis llevada a cabo desde las crónicas de corresponsales, enviados y articulistas del diario, evite la publicación de editoriales en temas que sí son objeto de portadas y de amplia información interior. No observamos alardes expresivos desde los titulares del diario en ningún género salvo algún caso aislado, como ocurre con los dedicados a las portadas sobre la Conferencia de Estocolmo.

En segundo lugar nos detenemos en el discurso del diario y apreciamos una evolución de los acontecimientos en *La Vanguardia* y no un discurso pactado con la línea editorial del diario. La cabecera catalana insistió en denunciar los gestos hechos por las potencias para sus clientelas ideológicas y ambos bloques fueron condenados de forma explícita por la instrumentalización con la que pretenden hacer triunfar sus sistemas.

En unos años que iban a tener al mundo en vilo, advertimos un discurso caracterizado por la denuncia y la certeza de sus argumentaciones. No hay aspectos que puedan inclinarnos a hablar de ingenuidad o de respaldo ideológico; no a lugar a hablar de *buenos y malos*. Hay dos bandos en esta Guerra Fría y *sucia*: el compuesto por los bloques, que está demostrando grandes dosis de irresponsabilidad, y el formado por las víctimas, no sólo las que han perdido la vida, sino las que conforman una opinión pública ignorante y maniatada.

Para el diario catalán lo que está ocurriendo en el mundo a costa de la falta de entendimiento entre el Este y el Oeste denota escepticismo, incongruencia y falta de responsabilidad. El correr de los acontecimientos acrecentará una

76. *Ibid*.

decepción que posteriormente se volverá desesperanza por la ruptura del diálogo, por la peligrosidad de la amenaza soviética, por el establecimiento del «equilibrio del terror» y por la instrumentalización de la paz. Otros temas que son también importantes para el diario son el rearme, el desafío más grave que azota al fin de siglo, y la marginalidad del continente europeo. La propaganda está presente y viene motivada por el resentimiento soviético y por las ambiciones norteamericanas. No se está proyectando por tanto una imagen positiva o negativa de uno u otro bando recurriendo a elementos retóricos que coincidan con los intereses editoriales del medio, sino que es la propia evolución de los acontecimientos la que define el hilo argumental, con un carácter en mayor grado expositivo, y con menor intensidad persuasivo. Con respecto a los editoriales, presenciamos una tendencia interpretativa y no hallamos textos con actitudes vehementes, salvo un par de piezas ya mencionadas en epígrafes del presente artículo, que adoptan modos más ácidos contra el régimen soviético y las manifestaciones pacifistas. En general detectamos que los editoriales de *La Vanguardia* están concebidos para invitar a la reflexión y no a la acción.

Quizá el hecho que más abunde en la prudencia y ponderación del diario se refiera a la actitud que mantiene con motivo del derribo soviético del avión surcoreano. Una vez superada la conmoción del primer momento, y una vez que se esclarecieron los hechos que rodearon al atentado, el diario no se despegó de la condena a los soviéticos por su incapacidad para asumir responsabilidades y dar explicaciones; tampoco de la denuncia contra EE.UU. por no haber tratado de evitar el atentado. El escepticismo del diario fue manifiesto, no sólo por la masacre del atentado soviético, sino por la indirecta participación de EE.UU. que hubiera podido impedirlo si no hubiera atendido a estrategias de la Guerra Fría.

El análisis de un período de hace tres décadas y de máximo enfrentamiento ideológico, nos traslada en el diario objeto de estudio, a un periodismo crítico y riguroso, más preocupado por sus lectores que por sus afinidades políticas.